

Mijail Malishev, *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, México, Facultad de Filosofía y Letras Universidad Autónoma de Nuevo León - Plaza y Valdés, 2002, 211 pp.

PEDRO CORTÉS RODRÍGUEZ
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Todo libro indica ser un estudio sobre el tema que se propone el autor. El libro *En busca de la dignidad y del sentido de la vida* de Mijail Malishev, no es un libro que formalmente pueda ser considerado exclusivamente un estudio. Va mucho más lejos de un libro que estudia una temática propuesta. Es un estudio que no es sólo estudio, o libro que no es sólo libro, pues no se deja aprisionar por la estructura y rigurosa significación del libro o un estudio en sentido academicista. Aunque pueda ser un estudio presentado a manera de libro que no sólo es eso, sus líneas hilvanan oraciones conformadas por agudas reflexiones que representan un habla filosófica, de aquellas pocas que vislumbran lo que Martin Heidegger solía denominar nuestros estados de ánimo profundos o tonalidades afectivas fundamentales.

Estas 211 páginas errabundas por la dignidad y el sentido de la vida, que no sólo se encasillan bajo los parámetros de libro o estudio, articulan múltiples reflexiones dentro de cuatro tópicos conceptuales: el reconocimiento, la existencia, la libertad y el desencanto. Pero que también oscilan entre lo que los humanos valoramos: la tristeza y lo placentero, la importancia y lo insignificante, la rebelión y lo absurdo, la certeza y lo dubitativo. E incluso, se puede decir, su esclarecimiento transcurre dando acompasados balanceos por los sinuosos senderos de la pendular existencia humana. En la medida en que estas reflexiones se van apropiando de nuestras vivencias personales, la afinidad de ideas con que las palabras de Malishev nos sintonizan, acopian altos grados de problematización filosófica.

Justamente, es el habla de Malishev una dimensión abierta de discurso que, a la vez que nos transmite energías para pensar en nuestro entorno inme-

diato, nos conmina a interpelarlo en vivo y en directo. Pero alzar la voz del modo como lo hace nuestro autor, no es una virtud que se logra de la noche a la mañana, sino que refleja un pensamiento que se ha venido puliendo con esmero académico. Con sus distintivas exploraciones en el ámbito de la antropología filosófica, su admirable labor docente en las aulas de la UAEM, fructifica en sus anteriores publicaciones sobre la comprensión de las vivencias afectivas: *Entre vivencias e ideales* de 1997 y *Vivencias afectivas y actitud ante el existir* de 1999. Malishev da muestra de una dedicación cuyo espíritu de finura se termina por definir con nitidez en la obra que ahora nos presenta. Aunque los cuatro ensayos que integran este libro que no sólo es libro, puedan ser abordados de modo independiente uno del otro, en todos hay una preocupación central que los atraviesa. Una clara intención filosófica que mueve al autor desde hace ya varios años: su interés por la dilucidación de las vivencias afectivas y sus distintas dimensiones.

Esta vez el concepto fenomenológico de vivencia (la *Erlebnis* germana que Ortega y Gasset nos heredó en castellano como vivencia; *perezivanie* en ruso) se ubica como una vivencia que siempre aparece en el nivel de lo afectivo, es decir, estas vivencias afectivas precisa Malishev “son reacciones emocionales de nuestro ser frente a los otros y/o frente a nosotros mismos, reacciones que siempre nos implican en algo y que significan algo en nuestra vida de tal forma que constituyen una parte inseparable de nuestra experiencia personal”.¹ Este concepto de vivencia afectiva se conforma de un entramado fenoménico dado por las creencias, las emociones y los sentimientos del hombre. Este es uno de los aportes centrales de Malishev, pues expande los alcances de este concepto y nos permite observar su potencial en el trazo de líneas de investigaciones futuras, en principio, en los ámbitos de la antropología filosófica y de la filosofía de la cultura.

Las dimensiones vivenciales, que ya Malishev ha explorado filosóficamente como el enamoramiento, la culpa, la envidia, la fe, el deber, etc., sirven de base para identificar distintos horizontes en que la dignidad humana y el sentido de la vida admiten los actos intencionales como juicios valorativos. Las vivencias afectivas enmarcadas en el eje conductor de la dignidad humana y del sentido de la vida, ponen en cuestión ahora la decepción, el absurdo y la

rebeldía, y aparecen fundamentadas bajo la pauta de la categoría de reconocimiento y de una interpretación muy original del imperativo categórico kantiano.

En el análisis detenido de toda vivencia afectiva, la categoría de reconocimiento, para Malishev en nuestra época representa una pertinencia sustantiva puesto que abarca “un abanico semántico muy amplio de significados, pero éste posee un núcleo conceptual que permite unir un espectro muy espacioso de los fenómenos vinculados con la existencia humana en el contexto de las relaciones sociales”.² De tal manera que el reconocimiento implica la capacidad de compromiso que una persona potencialmente refleja en sus aspiraciones de vida. La vida adquiere sus sentidos cuando algo toma importancia para el ser humano, y es así como la necesidad del reconocimiento adviene atributo constitutivo de la convivencia humana. Es la esfera en donde las valoraciones de lo que los otros viven, y sobre lo que nosotros mismos vivimos, adquieren un carácter imprescindible.

El reconocimiento se configura como un fundamento del sentido de la vida. Según Malishev si la aspiración de ser reconocidos desapareciera de nuestra existencia, ésta perdería todos sus sentidos de ser vivida. Pues ciertamente, sin la aspiración a ser reconocidos, en mayor o menor medida, nada importaría nuestro existir. Por ejemplo, reconocer a alguien por su nombre, por el trabajo que se esmera, por sus opiniones, por sus gustos, nos revela una identidad que permite definirlo y ubicarlo como alguien con significado. Lo mismo ocurre cuando otros nos reconocen. Este reconocimiento lleva implícito el ennoblecimiento y el equilibrio emocional de la persona reconocida. “El reconocimiento —indica Malishev— es lo que hemos llegado a ser gracias a nuestros esfuerzos aprobados por nuestros congéneres”.³ Somos lo que el otro desea que seamos así como nosotros deseamos que el otro sea. Emerge el mutuo condicionamiento de nuestras diferencias, cuya significación cultural no deja paralizar nuestros anhelos.

El paso del tiempo es uno de los rasgos de la existencia humana que nos empuja a desear no pasar por la vida dentro de la insignificancia. Cuando sentimos la finitud de la vida de un modo apremiante, nuestra naturaleza temporánea nos pide cuentas sobre lo reconocido y el reclamo por los pendientes que impidan dar fe de una vida con nuestros deseos plenamente concluidos se vuelve intenso. Es en este momento cuando el recuento de nuestros

méritos y talentos reconocidos, debe quedar a todas luces explicitado para los demás. Sólo de esta manera dejaríamos la vida en total conformidad. Hasta no morir, el afán de elevar nuestra importancia prevalece.

La vida es un cúmulo plagado de encantos y desencantos. En la vida creemos andar en pos de la felicidad pero también encontrándonos con tristezas. Sólo porque amamos la vida deseamos estar con los amigos, con la familia y rodearnos en cercanía de todas aquellas cosas por las que hemos adquirido afecto, y de las que podemos decir, llegamos a estimar. De este modo, la vida se convierte en apetencia; pero no de cualquier tipo, sino de una apetencia en donde no se desean únicamente las cosas materiales. Al valorar la vida, entramos en una dimensión más cercana al apetito espiritual, mucho más lejos de lo material. Es justamente el ámbito trascendental del deseo que nos atormenta de no morir siendo insignificantes.

En cualquiera de nuestros roles como personas: “Significar algo para los otros es equivalente a tener una razón de ser, poseer un sentido para alentar nuestra vida”.⁴ Es durante la estimación de la vida cuando todo el espacio anímico se proyecta en sus múltiples estados. La región sensible humana se agudiza y surgen las angustias, los temores y las alegrías, lo sublime, lo grotesco y lo numinoso. Son estas dimensiones vivenciales las que posibilitan la valoración subjetiva de la existencia. Al sentir que la muerte ronda nuestro alrededor, que anda cerca, nuestra reflexión se orienta a construir justificantes excesivos que moldean una sensibilidad vinculada afectivamente con las personas que reconocemos y que deseamos nos reconozcan.

Las expectativas del reconocimiento van a la par con los roles y los estatus con que aparecemos en un entorno social. Cada persona tiene un valor conferido por sus semejantes conforme a los actos que realiza. Pues todos nuestros actos se proyectan con el único propósito de legitimarnos ante los demás. El reconocimiento del significado que poseemos cada uno acerca de nuestro ser, para Malishev, constituye la premisa existencial de la coexistencia con nuestros iguales. Es en este sentido, cuando el rol y el estatus que desempeñamos se caracterizan por la importancia y el prestigio adquirido, por la significación de la estima propia elevada considerablemente.

¿Qué sucedería si nadie nos reconociera? ¿Qué sería de nosotros si nuestro proyecto de vida no tuviera significado alguno para los demás? Por una parte

el reconocimiento derivaría en su modalidad de alienación, en donde lo que importa sería la afirmación de la superioridad, o incluso pudiese culminar en el conocido complejo de inferioridad. El reconocimiento ya no es ese impulso connatural que conlleva satisfacción, sino que aplica un interés por la desdicha de los demás. Se sufre por el reconocimiento adquirido por los otros y se goza de su desventura. El reconocimiento se convierte en una obsesión. Hasta el grado de que si no se obtiene, nos conduciría a fomentar la violencia, la soberbia y la envidia en sus formas más negativas.

Por otro lado, la falta de reconocimiento provoca el vacío existencial. Es justamente el advenimiento de este vacío vertiginoso, el que nos manifiesta la pérdida por el sentido de la vida. Es el momento en que nuestra voluntad de reconocimiento se esfuma por completo. Es por el imperio de la indiferencia que el valor de la persona desaparece. Dejarse dominar por los azares de la vida es una de sus consecuencias y el mundo en su totalidad apaga el ámbito del significado. Malishev ejemplifica el vacío existencial en los sentimientos nauseabundos y en las vivencias del absurdo con el Roquentin de Sartre o el extranjero Meursault de Camus. La vida literaria de estos personajes es la muestra de haber perdido completamente las ganas de vivir y dejarse guiar al antojo de las circunstancias accidentadas de su entorno. Esto quiere decir que al perder todo interés por ser reconocidos, los sentidos y las razones de vivir terminan también por aniquilarse. El absurdo y la indiferencia acechan nuestra existencia y amenazan nuestra dignidad.

Los escritos sobre Albert Camus y Emil Michel Cioran, articulan acertadamente las vivencias afectivas que en el hombre se manifiestan como la lúcida decepción y el absurdo, responsables principales de la corrosión del sentido de la vida. En el absurdo mundo del extranjero que no se identifica con nada, Camus expresa la renuncia del humano a los sentidos espontáneos de la existencia para entregarse a los monótonos e insípidos brazos de la contingencia. Tal como se esboza en el mito de Sísifo, el resultado es repetirse sin cansancio en el absurdo.

Ante la salida del absurdo se plantean dos alternativas: el suicidio, quien nos tienta de que la vida no merece ser vivida; y la rebeldía, vivir en desafío ante el adverso destino. En la primera (el salto trascendental) toda esperanza de reconocimiento en la vida está agotada; en la segunda (el ajuste de cuentas

consigo mismo) hay escasas posibilidades de quebrantar la lógica del absurdo. La situación es desesperante. Efectivamente, Malishev apunta que para Camus el hombre rebelde protesta contra el absurdo sosteniendo la dignidad de la vida en la negación del paraíso perdido. Es ésta la rebelión metafísica que frente a la existencia mortecina del ser humano, se opone a una vida que acabará sosteniendo sus ideales. Para el mortal ser rebelde no existe la vida en el más allá; por lo tanto, la existencia adquiere un valor ireemplazable. En este sentido, la vida del rebelde representa una lucha con el absurdo que le revela su condición humana. Su destino trágico es la muerte, y ante esta insidiosa eminencia no puede permanecer indiferente.

En un talante un poco distinto, encontrarle sentidos a la vida significa experimentar sin indiferencia, su fragancia, su matiz, su textura. La sentencia de Pascal Bruckner referida por Malishev, “¡Me gusta demasiado la vida como para querer ser solamente feliz!”, contrasta con la convicción de Cioran cuando se asume como un escéptico al servicio de un mundo en agonía. Sin aspiraciones, la vida se vuelve parca, obtusa, densa, plomiza. Sólo en la vida se pueden experimentar todo tipo de vivencias afectivas desde el júbilo al pesar, hasta la negación de ambas. Así como el nihilista es el ántrax de la filosofía, la indiferencia es la muerte más lenta de la vida. ¡Aunque las irónicas dudas de Cioran reafirmen que la única verdadera razón para vivir resulte justo porque la vida no posea sentido!

En la existencia humana el derecho a concebir la vida como un acontecimiento decepcionante también es legítimo. Este es precisamente el lúcido pero irónico inconveniente de haber nacido de Cioran. Más allá de su biografía, para Malishev, la obra de este escéptico declarado representa una escritura que ante la problemática del sentido de la vida, se preocupa por la construcción de un estilo conciso y lacónico: aforístico y de ensayística prosa breve. Pero los temas de su estilo abordan al hombre esclavo de una época podrida. Eso lo lleva a pulir sus intuiciones sobre el sentido de la vida, para atribuirse la lengua francesa escribiendo sobre las peores cosas de manera excelsa. Siendo ésta ya una visión crítica sobre el mundo contemporáneo que implícitamente lleva el deseo del reconocimiento.

Malishev muestra con Cioran, que sólo el ser humano tiene aversión de permanecer en el anonimato. Así es como en la vida, el reconocimiento es el

oxígeno que nos permite respirar sentidos, aunque estos sean aparentemente negativos. La necesidad de reconocimiento aparece en la soledad del mundo presente, pues a la vez que vivimos entre muchos, no parece haber signo alguno de percatamos siquiera de la existencia desconocida de los que nos rodean. La desesperación de morir siendo insignificante aumenta, y, claro está, la fama se transforma en la sed nuclear de nuestro presente.

Con el habla filosófica de nuestro autor, es fácil inferir que los sentidos de la vida contrastan ante una condicionante humana dada por la finitud. A la muerte se le solicitan prórrogas en la vida para saldar emotividades inconclusas, y es justamente cuando el sentimiento de vacío se confirma por la estimación de la vida. La proximidad de las últimas voluntades se manifiesta sin excepción en todas las formas culturales que articulan la existencia humana. Los sentidos de la vida se unen a lo afectivo para enfrentar ese desconocido más allá impenetrable.

Mientras que el creyente aspira pasar a mejor vida; el ateo está convencido de que la vida termina. Ambos valoran la vida ante la idea de la muerte. La valoración se plaga de subjetividad afectiva y vivencial. Puede ser que para el creyente la vida haya sido funesta y solamente quiera recordar y repetir los pocos momentos jubilosos: morir es comenzar a vivir. Por otra parte, el ateo valora todo lo que ha hecho y desea hacer más, puesto que la vida concluye y no habrá más allá: vivir significa comenzar a morir. De cualquier forma que se vea, la vida y la muerte forman parte de la coexistencia humana. “La muerte —escribió Octavio Paz— no es una falta de la vida humana; al contrario, la completa. Vivir es ir hacia adelante, avanzar hacia lo extraño y este avanzar es ir al encuentro de nosotros mismos... El vivir consiste en haber sido arrojados al morir, mas ese morir sólo se cumple en y por el vivir”.⁵

El sentido de la vida representa para Malishev, “aquello por lo que y en aras de lo que el ser humano actúa, lo que le permite justificar sus acciones como algo que vale la pena llevar a cabo”.⁶ El ser humano es el único capaz de preguntarse por qué está en el mundo, a dónde va con él y por las razones de su relacionada existencia. Por esto y simplemente por ello, se desprende que para Malishev, el reconocimiento se distingue como la premisa fundamental sobre el problema del sentido de la vida.

Los sentidos de la lucidez irónica de Cioran, indican la validez de la verdad escéptica. Sin querer decir con ello, y esto lo destaca muy bien Malishev, que cualquier cosa que se diga tenga que tomarse como verdad. El escéptico nunca cae en el relativismo extremo del todo vale. La verdad escéptica es una proposición dubitativa que pone en cuestión a la razón misma. El modo en que el escéptico suspende el juicio con conocimiento de sus límites, tiene el fin de criticar un estado de cosas convencionalmente aceptadas a las que él mismo se les resiste antidogmáticamente. A la vez que el escéptico propone la reconfiguración de valores tradicionales, duda constantemente de su misma crítica. La excepcional escritura de Cioran tiene ese don en sus sentidos de concebir la vida como duda y desencanto.

Estos sentidos de la vida que Malishev localiza en las obras de Camus y Cioran, los encuentra para ilustrar que estas peculiares dimensiones de la vivencia, están hiladas por la ineludible necesidad del reconocimiento. Aquí es donde a mi modo de ver, se enlaza el problema de la dignidad humana con el sentido de la vida. Malishev advierte que en el imperativo categórico kantiano hay un veto de significación, adecuado para fundamentar la base de la dignidad humana. Ante la humillación, el desprestigio, el abuso de poder y todo tipo de violencia, el imperativo kantiano se sitúa como el respeto de la voluntad en las aspiraciones de los demás, aceptando encaminarnos a la significación más positiva del reconocimiento.

Las cuestiones planteadas por Kant: ¿qué debemos hacer? y ¿qué nos cabe esperar? nos vinculan directamente a interrogarnos, en particular, por el sentido de la vida digna; aunque en general, esas dos preguntas inquieran por el interés moral del hombre, ubicado dentro de los postulados kantianos de la razón práctica. De la ética kantiana, Malishev extrae el libre albedrío como aquella capacidad de la conducta humana para condicionarse por la ley moral y para determinarse mediante la elección propia. La autonomía de la voluntad se sobrepone ante la ley creada por el sujeto moral. Esa ley se aplica cuando el sujeto obra con libre elección de modo que sus actos sean considerados como legislación universal.

La conducta moral pone en juego a la dignidad como el valor más preciado. Desear el bienestar y la felicidad para los demás resulta una pretensión legítima, siempre y cuando no sea una imposición sobre otra voluntad que

también tiene conciencia de su libre elección. Si antepone nuestra voluntad sobre otras, anulamos la dignidad del otro porque no consideramos su capacidad de libre decisión.

Vivir moralmente equivale a vivir dignamente. Pero esa dignidad no se consigue si no estamos dispuestos a suprimir los impulsos que impiden nuestra propia autodeterminación sin contravenir a la de los demás. Pues ese sería un modo de garantizar la paz, reconocer las diferencias, y concebir el bienestar del otro sin imposición. No obstante, y esto lo deja muy claro Malishev, la conducta moral fundamentada en el imperativo kantiano es un deber que no se reduce a simples consejos, recomendaciones, instrucciones o reglas de prudencia para obtener la felicidad. El imperativo categórico alude al respeto de la toma de decisiones de los otros como seres capaces de autodeterminación propia.

En la interpretación del imperativo kantiano, Malishev señala que la preocupación del filósofo de Königsberg consiste en la exigencia que hace a cada individuo asumir la importancia de reflexionar sobre su libre elección. Así es como el imperativo muestra su rango de universalidad. Sin embargo, su universalidad no surge de la ley jurídica creada por el individuo y evaluada por el Estado, sino que la universalidad del imperativo categórico emerge de la voluntad individual basada en la libre elección y orientada a la prohibición de intervenir en la voluntad ajena. De otro modo, se atentaría a la posibilidad de la dignidad humana. De esta universalidad se sostienen los deberes precisos, cuyo juez somos, en cada caso, nosotros mismos como dueños de nuestra confianza reflexiva de autodeterminación. Pues el reconocimiento de la autonomía individual argumenta en favor de un deber que reconoce la dignidad de cada individuo como ciudadano y como persona.

La originalidad filosófica de esta obra, como ya lo insinuaba párrafos atrás, este libro, este estudio, que no se conforma con ser sólo libro o estudio, radica en que aunque podría considerarse un texto académico, se escapa a este título de propiedad para también proclamarse como un habla con habilidad. Un habla que evoca a toda persona que tenga un poco de gusto por la lectura. Pues al mismo tiempo que dialoga con disciplinas filosóficas como la antropología filosófica, la filosofía de la historia o la ética, también conversa con la psicología, el derecho y la sociología; con formas culturales como la literatura,

la religión o la política. Más aún, se atreve a dejar en todo momento una postura academicista cuando su habla privilegia dialogar abiertamente con el ciudadano común: con el tendero de la esquina, con el taxista, el policía o el funcionario público. El habla de la búsqueda de la dignidad y del sentido de la vida, nos convoca y nos compete a todos a plantear el ejercicio del reconocimiento en nuestras plurales formas de concebir las relaciones interpersonales e interculturales dentro de la coexistencia humana. Por eso y sólo por eso, confirma Malishev: “El reconocimiento es la voz de los otros dentro de nosotros”.

Finalmente, al mismo tiempo que celebro este nuevo trabajo, no me resta más que aplaudir el esmero de Mijail Malishev por entregarnos una imprescindible obra filosófica en castellano, cuyo valor nos deja mucho para reflexionar y sensibilizarnos sobre los mundos que no dejamos de transformar con desmesura.

Notas

1. Mijail Malishev, *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León / Plaza y Valdés, México, 2002, p. 40.

2. Malishev, *op. cit.*, p. 15.

3. *Ibid.*, p. 27.

4. *Ibid.*, p. 67.

5. Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 145.

6. Malishev, *op. cit.*, p. 13.